

Los poderes de la lectura por placer

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA
Coordinadora



LB1050
P63

Los poderes de la lectura por placer / Coordinadora Elsa M. Ramírez Leyva.- México : UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2022.

xvii, 232 p. - (Lectura: pasado, presente y futuro)
ISBN: 978-607-30-7002-7

1. Lectura. 2. Promoción de la lectura. 3. Lectores. 4. Conducta lectora. I. Ramírez Leyva, Elsa M., 1949-, coordinadora. II. ser.

Diseño de cubierta: Mario Ocampo Chávez

Primera edición: 17 de noviembre 2022

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
y de la Información

Circuito Interior s/n, Torre II de Humanidades,
pisos 11, 12 y 13, Ciudad Universitaria, C. P.
04510, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-7002-7

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales.

Publicación dictaminada

Impreso y hecho en México

Contenido

PRESENTACIÓN	xi
Elsa M. Ramírez Leyva	

LA PRODUCCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER

EL APRENDIZAJE DE LOS PLACERES	3
Jorge Larrosa Bondía	
PLACER Y CONOCIMIENTO: DOS POTENCIAS DE LA LECTURA	13
Juan Domingo Argüelles	
LEER POR PLACER, UN BRINCO A LAS EMOCIONES Y LA IMAGINACIÓN	25
Aline de la Macorra	
BENEFICIOS DE LA LECTURA EN VOZ ALTA DURANTE LA PRIMERA INFANCIA	37
Evelio Cabrejo Parra	
BIBLIOTERAPIA: LA LECTURA COMO FUENTE DE PLACER Y DE BIENESTAR	49
Julio Alonso Arévalo	

LOS EFECTOS DE LA LECTURA POR PLACER

HERÁCLITO CONTRA DEMÓCRITO: LA LECTURA COMO IMAGEN DEL MUNDO EN EL BARROCO	63
Agustín Vivas Moreno	
LA VIDA COMO LIBRO, EL RESTO ES SILENCIO	81
Camilo Ayala Ochoa	

ESPEJO DE LECTURA, LECTORES <i>PRÍNCEPS</i> Y PLACERES DIVERTIDOS: <i>EL LIBRO SALVAJE</i> DE JUAN VILLORO	93
Daniel de Lira Luna	

CONTRIBUCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER A LA FORMACIÓN ACADÉMICA

DEL PLACER DE LEER COMO PROPÓSITO FORMATIVO	111
A. Olivia Jarvio Fernández	

DELEITAR APROVECHANDO. AMOR, PASIÓN, PLACER Y TRASCENDENCIA EN LA LECTURA DE TEXTOS CIENTÍFICOS	123
José López Yepes	

EL PLACER DE LA LECTURA EN EL MEDIO DIGITAL: APROPIACIÓN, INTEROPERABILIDAD Y DESCUBRIMIENTO	139
José Antonio Cordon García María Muñoz Rico	

EL PLACER DE LA LECTURA REESCRITO EN EL PLACER DEL HABITAR LA ARQUITECTURA: DEL LENGUAJE VERBAL ESCRITO AL LENGUAJE NO VERBAL HABITADO (Y VICEVERSA)	155
María Elena Hernández Álvarez	

LA LECTURA POR PLACER EN EL CAMPO BIBLIOTECARIO

EL CLAROSCURO DE LA LECTURA POR PLACER	173
Héctor Guillermo Alfaro López	

LA LECTURA POR PLACER EN LA BIBLIOTECA: ENTRE DETERMINACIONES Y POTENCIACIONES	189
Didier Álvarez Zapata	

PASIÓN POR LA LECTURA EN LA PREPARATORIA DEL TECNOLÓGICO DE CUERNAVACA: EXPERIENCIAS DE LECTURA PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO DESDE LA BIBLIOTECA Y LA ACADEMIA	201
Ofelia Antuña Rivera	
LA LECTURA POR PLACER FORMA LECTORES: UN PODER EN RIESGO Y NUEVOS DESAFÍOS PARA LA BIBLIOTECA	215
Elsa M. Ramírez Leyva	

El claroscuro de la lectura por placer

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, UNAM

*Un libro tiene que ser el hacha que
rompa nuestra mar congelada.*

FRANZ KAFKA

Las palabras del gran escritor Franz Kafka pueden también interpretarse desde su extensión lógica e ineludible: La lectura debe ser el hacha que rompa nuestra mar congelada. Por lo que la lectura se convierte en la práctica afilada y constante que remueve nuestras inercias, conformismos, ideas preconcebidas, el confort estupefaciente; en suma, la mar congelada del desconocimiento de nosotros mismos.

Dura misión kafkiana se le encomienda a la lectura (el libro), puesto que pareciera estar en la antípoda del gratificante poder de la lectura por placer, el cual vive actualmente una altisonante apoteosis. El placer se concibe como el Santo Grial para alcanzar la lectura más gratificante. Lo cuestionable de semejante énfasis actual sobre el placer no es en sí mismo el placer, sino el contexto moderno sobre el que se recorta y le da un relieve distorsionado. Lo cual termina por inficionar de una u otra forma a la lectura que se pretende por placer. Una drástica alternativa a semejante tipo de lectura posiblemente pueda ser aquella lectura que como un hacha rompa esa distorsión de la lectura por placer.

El placer es una de las emociones fundamentales de la naturaleza humana. Buscada, incluso, con loco afán y denostada con

singular encono, ha despertado toda clase de inquietudes y reflexiones. Tales reflexiones dieron lugar a sectas en el mundo grecolatino cuyo tema central era el placer, *hedoné*. Esta palabra griega propició que se les conociera como hedonistas. El hedonismo es una tendencia de la filosofía moral. Las dos sectas hedonistas griegas más destacadas eran la de los cirenaicos y los epicúreos; entre ambas mediaba una distancia respecto a cómo cada una comprendía el placer en cuanto valor moral.

Posiciones que a la vez nos hacen vislumbrar cómo se entendía y ejercitaba el placer en el mundo antiguo, así como la distancia y diferencia que hay con la manera que se concibe el placer en el mundo moderno. Para los cirenaicos los dos impulsos que mueven la vida de los seres humanos son huir del dolor y buscar el placer, pero entendido como placer de los sentidos, de las sensaciones, de las emociones; en suma, un placer radicado en la corporeidad cuyo *sumun* podría encontrarse en los rituales orgiásticos. Por su parte, para los epicúreos el placer debía ser moderado, había que contener su desbordamiento para mantenerlo dentro de los límites de una sana gratificación, como por ejemplo en los convivios, a la manera como se muestra en el diálogo *Banquete* de Platón; por lo que esta comprensión y ejercicio del placer radicaba en la gratificación del espíritu, de la inteligencia. Por lo cual se encontraba en el polo opuesto al placer corpóreo de los cirenaicos. Pero el territorio en que ambas posturas comulgaban era el elemento definitorio del propio contexto del mundo antiguo: el fundamento social comunitario. Los griegos eran un pueblo firmemente anclado en la comunidad, por lo que las diversas actividades que día a día llevaban a cabo sus integrantes se remitían al conjunto de la comunidad. De ahí que el placer fuera concebido de manera corpórea o, por el contrario, de forma espiritual; siempre estaba en correlación con los otros. Nada que ver con el placer individualista nimbado de egoísmo. Placer compartido que brindaba cohesión comunitaria, lo que hacía definirse y encontrarse a sí mismos a los miembros de la colectividad. Construcción de lo humano por vía del placer.

Tanto la concepción de los cirenaicos, como la de los epicúreos representan posturas extremas sobre el placer, por lo que caben posiciones intermedias, lo cual puede apreciarse mejor si lo explicamos desde el concepto de *claroscuro*. Por definición el claroscuro es esa zona contrastante que se abre entre dos polaridades opuestas: luz y oscuridad; polos que viven en perpetua tensión, donde se autodefinen en lo que son cada uno y en la fusión con el otro polo. La luz se define a partir de no ser oscuridad y ésta al no ser luz, pero están abocadas a acercarse mutuamente hacia lo otro, hacia lo que no son. Por lo que no son entidades fijas y unitarias: su movimiento de oposición y fusión gesta el claroscuro, el cual tiene a su vez un carácter definitorio propio, no es ni luz ni oscuridad. Es penumbra, es paradoja donde se despliega el matiz. No es una zona estática sino territorio moviente de contrastes: unidad múltiple donde murmura el misterio y lo imprevisible.¹ Entre el placer corpóreo de los cirenaicos y el placer espiritual de los epicúreos se abre el territorio del claroscuro, por lo que el placer adquiere contrastes que combinan en mayor o menor proporción lo corpóreo o lo espiritual. Y es precisamente en ese territorio donde se despliega la naturaleza, en sí misma definitoria, de la práctica de la lectura que es el placer. Más allá de los diversos tipos de textualidades que pueden “propiciar diferentes” maneras

1 “Todo claroscuro es un triunfo del contraste entre claridad y oscuridad. Se trata de una compleja victoria que exige la presencia de una oposición real y actuante entre claridad y oscuridad. Ahora bien, el claroscuro no se limita a ser una oposición. Exige esa oposición para crear un ámbito nuevo que será el núcleo de su propia originalidad. Ese nuevo plano se produce mediante el movimiento de la diferencia y reúne precisamente, los elementos del contraste que se podían considerar en forma separada. Tal unión encierra una paradoja y posee la forma de unidad múltiple. El claroscuro es unidad paradójica, violenta, extraña: la paradoja de unir lo que no parece poder unirse, a la positividad que se levanta sobre la negación y sobre la oposición. El claroscuro muere si ese contraste no existe. La unidad que le otorga vida y fundamento es unidad muerta si no contiene las diferencias. Por eso se erige como triunfo de la paradoja. Y es que entender el claroscuro exige considerar cómo puede entenderse la paradoja de modo creativo” (Izuzuiza 2004, 20).

de leer: sean textos áridos que se escurren en lecturas aburridas o textos lúdicos que dan lugar a lecturas entretenidas, sin contar la gama de posibilidades y maneras de leer entre esos dos extremos, bien puede decirse que la práctica de la lectura en sí misma está enhebrada con los hilos del placer. Es el placer de estar en posesión de la llave mágica de las competencias necesarias para abrir un libro y así ingresar a la mente del autor para leer las palabras que escribió. Ese es el placer primario del que se nutre la Lectura con mayúscula; pero deslizándonos en el territorio inmediato y concreto la lectura se agita entre los matices del clarooscuro. Ese terreno concreto a su vez se encuentra agitado por las vibraciones que movilizan y orientan el contexto histórico social. Por lo que la práctica de la lectura se encuentra de peculiar manera inficionada por las vibraciones del contexto. No es la misma forma como leían los antiguos griegos a como leían los medievales.

Ahora bien, el mundo moderno se recuesta predominantemente del lado de los cirenaicos: placer sensorial pero desgajado de los referentes comunitarios y troquelado con las tendencias e impulsos dominantes de tal contexto que ha dado lugar al individualismo emocional gestado en y por el consumismo, vía real para alcanzar el placer, todo lo cual desemboca subrepticamente en la práctica de la lectura, lo que plantea las cuestiones de cómo esto se lleva a cabo y cuál es la alternativa para que en el clarooscuro de la lectura comience a desplazarse y matizarse hacia el lado epicúreo.

Adentrémonos primeramente en las complejidades de la práctica de la lectura para luego seguir por los meandros de la infisión de las vibraciones del contexto en ella. Si cerramos el foco de atención sobre la práctica de lectura, queda centrado en la interacción del lector y el texto, lo que implica una concepción de tipo lingüística en la que se resalta el proceso de descodificación como producción de significado. La textualidad es un conjunto de palabras que obedece reglas de organización y que vehiculiza un contenido que es descodificado y comprendido por el lector. Este enfoque fue superado por una concepción de mayor elaboración teórica. Conforme fue complejizándose la visión sobre la lectura, quedó de manifiesto que había más factores que intervenían

en su gestación y desenvolvimiento que van más allá del simple acto de descodificación de un texto. Dando un paso atrás, hacia los procesos psíquicos del lector, se apreció que la lectura no se circunscribía a las competencias alfabetizadores para descifrar y dar significación a los signos. Había todo un mar psíquico que se vierte en la lectura del texto, que el psicólogo Jean Piaget definió como esquema mental, el cual se encuentra constituido por el cúmulo de experiencias y conocimientos que se van adquiriendo a lo largo de la vida. Tal concepción psicolingüística caracteriza la comprensión lectora como una práctica en la que la experiencia de vida hace legible el texto. Esto explica por qué hay libros que al ser leídos en cierta etapa de nuestra vida se tornan ilegibles y hasta aburridos; en otras palabras, poco susceptibles al “placer de la lectura” (en ello no importa el autor o el género al que pertenezca el texto). En posteriores lecturas ese texto ilegible que se nos caía de las manos puede comprenderse porque en el inter hemos adquirido vivencias y conocimientos que lo hacen ahora comprensible; por lo mismo, gratificante y hasta placentero. La apropiación de un texto a partir de proyectar en él nuestras vivencias y conocimientos abre una puerta hacia el placer: la comprensión de un texto va acompañada por la sombra del placer.

Si dejamos atrás el espacio cerrado de interacción del lector y el texto, desembocamos en el ámbito social: salimos del texto para ingresar en el con-texto, con lo que la lectura adquiere una vertiginosa complejidad. Ya no actúan sólo procesos psicolingüísticos, sino que también incide sobre ella la totalidad social, lo cual significa la infisión de fuerzas profundas que configuran las acciones individuales de las sociedades. Con ello nos ubicamos en un enfoque sociocultural de la lectura, el cual explica que tanto el texto como el lector son construcciones sociales. Respecto al texto, desde esta perspectiva se da razón de su constitución como el resultado de los diversos discursos sociales. Michel Foucault, en su ya legendario texto *¿Qué es un autor?* (Foucault 2010 y Zapata 2014), explica que la figura del autor es una construcción histórica del mundo moderno que en cuanto tal se convierte en foco integrador de los múltiples discursos sociales, con lo que se le asigna la

Los poderes de la lectura...

categoría de autor con nombre y apellido propios. Por otra parte, entraña que el texto al ser una conjunción de la diversidad discursiva se encuentra transido por las tensiones que modelan el contexto. Es cuando esos discursos pasan a través del esquema mental del autor cuando adquieren unidad y perfil definitorio en la textualidad.

Como ya se había expresado, los esquemas mentales se conforman a partir de los conocimientos y las experiencias a lo largo de la vida. Pero todo ese cúmulo de experiencias y conocimientos alcanzan su realización en relación con los demás. En la medida en que en esencia somos seres sociales, nuestras vivencias son resultado de la convivencia con los otros; de esa convivencia producimos nuestros conocimientos. Así en la interrelación con los demás se producen, circulan y reproducen multitud de discursos. Todo lo cual asume un sesgo individual al posicionarse y posesionarse del esquema mental de cada persona. De ahí que el lector al proyectar su esquema mental sobre el texto realiza también un acto social: cuando alguien lee estamos nosotros, cuando leo está tu mirada deslizándose sobre el texto, es la mirada de la sociedad en mi lectura. Para abismarnos aún más en las complejidades de la lectura, en su despliegue sociocultural, nuevamente Foucault acude para explicar que la dimensión del poder circula a todo lo largo de las interrelaciones sociales por mediación de los discursos. El gran filósofo francés caracteriza el poder como una forma no de destrucción del otro, sino como dirección de su conducta, a lo cual denomina *gubernamentalidad*; así este arduo neologismo expresa la dinámica discursiva del poder que media la relación entre los individuos y que se expresa bidireccionalmente. Todos estos vectores sociales inciden en la práctica de la lectura, por lo que el texto se convierte en el escenario donde coinciden y se confrontan el esquema mental tanto del autor como de lector, lo que implica el entretejido de los discursos sociales del cual son portadores ambos esquemas mentales.² De esta forma puede comprenderse

2 “Esto podemos explicitarlo como que la lectura es un escenario privilegiado donde se lleva a cabo la confrontación entre los poderes que tensionan

cómo las fuerzas definitorias de un contexto permean la práctica de la lectura. Pero ese carácter definitorio del contexto moderno actual tiene una especificidad propia.

Los diversos analistas críticos del mundo contemporáneo coinciden, *grosso modo*, en que el capitalismo desde hace varias décadas, de hecho, a todo lo largo del siglo XX, ha venido sufriendo varias transformaciones en sus múltiples esferas constitutivas que lo diferencian notablemente del capitalismo decimonónico. Lo cual ha desembocado en la reconfiguración del sujeto y sus diversas prácticas sociales. Probablemente, quien con mayor lucidez y sistematicidad ha llevado a cabo los más penetrantes análisis de la contemporaneidad es el sociólogo francés Gilles Lipovetsky, que ha explicado que el capitalismo en la actualidad está pasando por lo que él caracteriza como la fase III del consumismo, puesto que la fase I se gestó hacia finales del siglo XIX y se prolongó hasta el término de la segunda guerra mundial, mientras que la fase II arranca desde este momento y concluye hacia finales de la década de 1970. En esta última fase se depuran los vestigios del capitalismo decimonónico fundando en la producción homogénea para instaurar de manera bien definida la sociedad de consumo de masas. Con lo que quedó anclada firmemente la lógica de la forma-mercado, lo cual redundó en la transición del sujeto social hacia la del consumidor. En tal fase, al extenderse la adquisición de todo tipo de bienes duraderos en capas cada vez más amplias de la población, se modifica la estructura del consumo; eso significó la realización del “milagro del consumo”. Así quedó la mesa puesta para el advenimiento de la actual fase III, que Lipovetsky considera como aquella

los múltiples discursos sociales, que –no olvidemos– son una secuela histórica. El lector ha constituido su esquema mental a partir de ciertos valores y representaciones culturales, lo que entraña que está determinado por un cierto tipo de discurso de poder. De manera análoga acontece con el autor, el cual ha plasmado en el texto el discurso de poder que modula y modela su esquema mental. Pero también las directrices editoriales que determinan la edición de un texto están determinadas por el discurso de poder que signa el esquema mental de los editores” (Alfaro López 2007, 110).

en que la lógica del mercado ha pasado de ser una instancia económica, a ser el factor constitutivo de la mentalidad y el regulador de la conducta de los individuos, con lo que se liberan de imposiciones colectivas. Queda instaurada de esta manera la forma-consumo, que es la crisálida de donde brota el hiperconsumidor.³

El perfil definitorio del hiperconsumidor es el del *individualismo emocional* que busca calmar su necesidad de confort a través del hiperconsumo de todo tipo de objetos que el sistema oferta en abundancia y variedad; incluso de manera personalizada. Lo que trae aparejada una derrama de placer, que viene a ser el símbolo visible de la felicidad, como reclama el mensaje ideológico que impulsa a la sociedad de consumo de masas. Es el placer emocional, de irradiación corpórea, que cerca al individuo en su auto-satisfacción, sin necesidad de tender puentes hacia el otro. Así el contexto hiperconsumista de la fase III se expande como el paraíso de la felicidad galvanizada por el placer individualista. Todo es transfigurado en mercancía consumible en cuyo interior susurra la promesa del placer, por lo que la práctica de la lectura no queda exenta de la filtración subrepticia de semejante llamado del contexto hacia la búsqueda del placer.

La realización plena del placer dentro del vientre del hiperconsumo se alcanza cuando se proyectan tres vectores: la desconexión,

3 “Qué significa esto, sino que el mercado se ha convertido, más allá de las transacciones económicas, en el modelo y lo imaginario que rigen el conjunto de las relaciones sociales, sino que el consumidor se presenta como figura predominante del sujeto social? La emancipación de los agentes ante las imposiciones colectivas, el retroceso del Estado, la ampliación de la esfera comercial a esferas que estaban antaño excluidas han generalizado en todos los dominios la lógica de las opciones personales, las relaciones contractualizadas y temporales, la perspectiva del cliente, la búsqueda de la mejor relación calidad-precio y la maximización de las ventajas. La fase III puede definirse como la sociedad en que la forma-consumo aparecen como esquemas organizados de las actividades individuales, en que el espíritu del consumismo reestructura todas las esferas, incluidas las ajenas a la transacción de pago. Ha tomado cuerpo una nueva figura representativa del individuo y es el hiperconsumidor globalizado” (Lipovetsky 2007, 128).

la liberación y la intensidad.⁴ El mercado es un océano de mercancías cuya marea permanente se vuelca sobre el hiperconsumidor, y evita así largos interludios en que pudiera decaer el deseo de satisfacer los sentidos, las emociones, la corporeidad, con el consumo. Eso es algo que hay que evadir, los espacios vacíos en los que los individuos pudieran enfrentarse a sí mismos o con la realidad. Una mercancía consumida es instantáneamente dejada atrás, por lo que debe ser sustituida por otra lo más pronto posible: el placer del consumo de un objeto (hasta personas) es una llamada fugaz que debe ser vivificada por otra llamada hedonista y otra... La materialidad de las mercancías es sólo fuerza magnética que atrae el deseo de placer, por lo que los objetos por sí mismos son sustraídos del horizonte de los apegos humanizadores.⁵ Todo lo cual crea una especie de realidad alterna en la que el hiperconsumidor alcanza la felicidad en el consumo. En esa realidad alterna el individuo se desconecta de aquella otra realidad tensionada por el sonido y la furia de lo humano. Con lo que se libera de responsabilidades para con otros (e incluso para consigo mismo). Y queda así abierta de par en par la puerta que conduce a la búsqueda de experiencias más intensas. A esto hay que agregar el papel preponderante que juega la información en el contexto presente. Puede decirse que la información es la energía que mueve y permea a la integridad social: le da soporte y perfil definitorio a la realidad alterna del hiperconsumo. Desde esta perspectiva puede

4 “Si bien hay una constante sensitiva del placer, el hedonismo de nuestro tiempo se visten unas formas particulares que corresponden a tres tipos de experiencias: la de la desconexión y la ruptura respecto a la vida cotidiana (“desconectar”), la del relajamiento de las obligaciones (“liberarse”) y la de la intensidad de las experiencias (“gozar”). Estos tres tipos de experiencias tienden a ser vividas dentro de unas burbujas temporales distendidas –burbujas de felicidad– si disponemos de los medios para controlar la situación. Cuando organizamos unas vacaciones y su liberación, cuando prolongamos el placer o hacemos que recomience, hinchamos o soplamos en cierta forma la burbuja” (Michaud 2015, 115).

5 Lo cual tiene correlato con la sobreproducción de mercancías, marcadas a su vez por la rápida obsolescencia.

comprenderse cómo la información viene a ser correlato del flujo permanente de mercancías y de la velocidad en su consumo. La información como factor de aceleración de la intensidad del placer en el consumo, que así bordea el desfiladero del tiempo lento, carenciado de consumo. El filósofo *à la mode*, el surcoreano Byung-Chul Han en una aguda observación ha señalado que una de las cualidades de la información es la exclusión de la observación larga y lenta debido al vértigo con que se produce y difunde, lo que convierte a la información en una quimera imposible de alcanzar y retener del todo.⁶ Corremos tras ella y cuando creemos tenerla se evade, nos deja entre las manos algunos vestigios, los cuales nos estimulan a seguir en su persecución...

El contexto, con toda esta cauda de elementos descritos, permea las vivencias y los conocimientos acumulados en el esquema mental de las personas: el mensaje subterráneo del placer buscado y alcanzado a través del hiperconsumo circula entre los diversos discursos sociales que modulan el esquema mental. Por lo que se filtra en la práctica de la lectura y, aunque no es del todo una tendencia generalizada y homogénea, se hace de ella una variante del consumo que ofrece placer. Como un rumor que recorre el esquema mental, el placer es proyectado en el consumo lector del libro sin que el individuo sea consciente de ello. La lectura así es fuente de emociones no tan lejanamente emparentadas con aquellas emociones que se experimentan en un parque de diversiones. En el consumo lector inciden los señalados vectores de la realización del placer dentro del hiperconsumo: permite la desconexión y ruptura respecto a la realidad cotidiana. Lo que de ningún modo debe entenderse como la desconexión que la imaginación o la fantasía a que la

6 “Entre las prácticas que requieren tiempo se encuentra la observación atenta y detenida. La percepción anexa a la información excluye *la observación larga y lenta*. La información nos hace miopes y precipitados. Es imposible detenerse en la información. La contemplación detenida de las cosas, la atención sin intención, que sería una fórmula de la felicidad retrocede ante la caza de Información. Hoy corremos detrás de la información sin alcanzar un saber. Tomamos nota de todo sin obtener un conocimiento” (Han 2021, 20).

lectura, sobre todo de cierto género de textos, da lugar. De hecho, puede decirse que la desconexión imaginaria y fantástica es un ro-deo para sumergirse más hondamente en la realidad cotidiana. Por su parte la lectura motivada por el placer de consumo da lugar a la ruptura para que el lector se sumerja en la realidad alterna creada por el hiperconsumo: es recrearse en el susodicho parque de diversiones con el estallido de las emociones a flor de piel que genera cada juego mecánico, cada libro. De manera consciente, con esa dirección seguida, al estar dirigida la lectura por el placer de consumir relaja las obligaciones, libera de la responsabilidad hacia el otro y hacia uno mismo que, de hecho, inconscientemente son un trasunto del consumo. Por el contrario, la lectura liberada del consumismo, conduce al conocimiento de los otros y de uno, por lo tanto, a responsabilizarse de ellos. Por último, la lectura por placer consumidor responde a la lógica propia del consumismo: la intensificación, evitando lo más posible los impases de vacío sin placer. Cada libro consumido entregó una dosis de placer, que debe ser continua e intensificarse con el siguiente. A contrapunto, la lectura que responde a otro ritmo no busca la intensificación, sino por el contrario las pausas para una integral asimilación de la textualidad.

Los vectores en la realización del placer (desconexión, liberación e intensificación) como ya se explicó, se encuentran transidos por el desmesurado flujo de información, lo que significa que están tensionados por la propia especificidad de la información como se produce y despliega actualmente: velocidad y aceleración, lo cual se correlaciona con una atención fragmentaria y dispersa en la que se toma nota de todo sin obtener conocimiento, cualidades identificables en una lectura por placer consumista. Atención sin atención. Semejante lectura es alérgica a aquella otra forma de lectura que requiere observación larga y lenta: en la que el contenido, el mensaje del texto, es absorbido sosegadamente para que llene el espíritu de lector. Cabe hacer una digresión comparativa. En la Edad Media se contaba con un escaso número de libros, por lo que se leían de manera intensiva (lo contrario a la lectura extensiva que pasa de un libro a otro, con una lectura superficial ya que se cuenta con gran número de ellos); esto es, se leía una y otra

vez el texto y en cada lectura se iba adentrando en capas más profundas de contenido y sentido del texto. Era una lectura pausada y sosegada de íntima convivencia y comunión con el texto, lo cual a su vez transformaba hondamente al lector. Y el con-texto actuaba sobre el esquema mental de tales lectores medievales, lo que hacía que su lectura estuviera transida por el sentido de la trascendencia divina. Lectura nimbada por el placer espiritual. Incluso las novelas de caballerías, concebidas como divertimentos, eran leídas con placer no exento de trascendencia espiritual.

En la antípoda del mundo medieval, el capitalismo es un sistema socioeconómico de alta productividad mercantil. Conforme evoluciona el capitalismo, hasta llegar a la susodicha fase III de hiperconsumo, la producción de mercancías y su diferenciación personalizada es astronómica. Lo cual traducido al terreno editorial significa una desmesurada producción de libros que inunda el mercado. Y un alto porcentaje de tales libros están concebidos para satisfacer la necesidad del consumo de lectura por placer, ello en gran medida por requerimientos mercantiles de las editoriales. La lógica de la forma-mercado se hace aquí omnipresente. Tal producción de libros tiene como común denominador ser confortables, ligeros, que no exigen demasiado esfuerzo para el lector, para así tener vía libre hacia el placer consumidor. Lectura con facilidades como pasaporte a la fácil felicidad. Incluso una vertiente de libros de pretendida sabiduría o misticismo, por no hablar de aquellos de superación personal, se erigen en el epítome de la lectura centrada en el placer emocional.⁷ Textos hechos a la medida del consumo de la lectura por placer. De esta forma se cierra el círculo del contexto o mejor aún del sistema en cuanto a la gubernamentalidad, como propone Foucault, la dirección de las

7 “Los medios aplauden que se remplace el Prozac por la sabiduría filosófica: falta precisar de qué naturaleza es esta reivindicación de la filosofía. Es indudable que los neolectores buscan en los libros de sabiduría vías que puedan acercarlos a la felicidad, pero la quieren con facilidades, cómodamente, enseguida, sin esfuerzos de voluntad, sin los ‘ejercicios espirituales’ continuos que prescribían los maestros de la Antigüedad. Se hojea a Séneca o a

conductas de los individuos por mediación del consumo de la lectura por placer. Todo lo cual pone de manifiesto que la lectura por placer, como ha sido hasta aquí explicada, en el espectro del claroscuro se encuentra más cercana a la postura de los cirenaicos, con la notable diferencia de que para aquellos hedonistas griegos el placer emocional, sensorial y corpóreo era buscado, alcanzado y satisfecho en y por la comunidad. Mientras que en el presente tales placeres encarnan en un individualismo emocional y fugaz. Tal panorama pareciera obturado, sin alternativas, que pudieran hacer un desplazamiento a través de los contrastes del claroscuro más cercano hacia el hedonismo epicúreo. Pero tengamos en cuenta que la práctica de la lectura también es ámbito de transgresiones, de lectores insumisos, de rebeldes que se agazapan en los bordes de la lectura que dicta el contexto para llevar a cabo lecturas depredadoras que desgarran las textualidades y subvierten la gubernamentalidad que media los esquemas mentales del autor y el lector, que tiene como arena de confrontación el texto.

Una de tales alternativas a la lectura por placer la ofreció de forma consistente y paradójica el gran semiólogo Roland Barthes. Hacia el final de su carrera y de su vida Barthes transitó de una semiótica altamente racionalista hacia una peculiar posición hedonista, desde donde escribió *El placer del texto*, libro radiante de hedonismo tanto en el contenido como en la forma. Placer que se recrea a sí mismo a través de una escritura que fluye liberada por la imaginación. En esta obra el semiólogo hedonista plantea una dualidad que abre una senda para deslizarse el placer de la lectura de estirpe cirenaica, hacia una posición de resistencia dentro del claroscuro ante el contexto híperconsumista, texto de placer y texto de goce, sobre los cuales dice el propio Barthes:

Epicuro como se va a ver una película o se hace un viaje; ahora, incluso la sabiduría funciona como un 'producto de salvación de eficacia inmediata'. Centrada en la inmediatez y lo emocional, la sabiduría que viene es una sabiduría light en armonía perfecta con el hiperconsumidor experiencial: menos una 'revolución espiritual' que una de las figuras del consumo-mundo" (Lipovetsky 2007, 335).

Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica *confortable* de la lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje.⁸

Es clara la distinción que propone Barthes entre texto de placer y texto de goce. El primero es aquel que nos remite al orden cultural, esto es a la realidad que encuentra de múltiples formas plasmación en los textos. Leer sobre aquello que nos rodea nos permite acercarnos, pero conservando la distancia, por lo que resulta una lectura de confort, reconfortante. Mientras que el texto de goce nos centra en el lenguaje que da forma a las textualidades. Al no estar orientado el lenguaje hacia una finalidad, incluso del placer, se tornan perversos. Es la lectura de lenguaje por el lenguaje mismo. Llevada esa perversidad al extremo, a su límite,

8 “*Placer del texto*. Clásicos. Cultura (cuanto más cultura, más grande y diverso será el placer). Inteligencia. Ironía. Delicadeza. Euforia. Maestría. Seguridad: arte de vivir. El placer del texto puede definirse por una práctica (sin ningún riesgo de represión): lugar y tiempo de lecturas: casa, provincia, comida cercana, lámpara, familia –allí donde es necesaria– es decir, a lo lejos o no (Proust en el escritorio perfumado por las flores de iris), etc. Extraordinario refuerzo del yo (por el fantasma) inconsciente acolchado. Este placer puede ser *dicho*: de aquí proviene la crítica. *Textos de goce*. El placer en pedazos; la lengua en pedazos; la cultura en pedazos. Los textos de goce son perversos en tanto están fuera de toda finalidad imaginable, incluso la finalidad del placer (el goce no obliga necesariamente al placer, incluso puede aparentemente aburrir). Ninguna justificación es posible, nada si se constituye ni se recupera. El texto de goce es absolutamente intransitivo. Sin embargo, la perversión no es suficiente para definir el goce, es su extremo quien puede hacerlo: extremo siempre desplazado, vacío, móvil, imprevisible. Este extremo garantiza el goce: una percepción a medias se embrolla rápidamente en un juego de finalidades subalternas: prestigio, ostentación, rivalidad, discurso, necesidad de mostrarse, etc.” (Barthes 2004, 25, 83-84).

es cuando el goce alcanza su plenitud. El lenguaje como potencia transgresora del goce. En terminología semiótica puede decirse que el placer del texto arraiga en el *significante*; mientras que el goce del texto emana del *significado*.

En un contexto en que el hiperconsumo ha convertido también al lenguaje en una mercancía, que vehiculiza la emoción del placer mercantil consumista, que envuelve de opacidad mercantil la relación entre las personas y entre éstas y los textos, las respuestas ante este desmembramiento del lenguaje es, como propone Barthes, llevarlo hasta su límite, a su perversidad extrema, que implica fortalecerlo en su fulgor crítico, en su impulso de conocimiento del mundo y búsqueda de identidad del individuo; esto es, el lenguaje como arca de lo humano, por lo que los textos no han de ser leídos (incluso aquellos que han sido escritos expreso para el placer fácil) buscando el confort, el no cuestionamiento, el hedonismo blando. Leer desde el goce, no desde el placer, significa seguir el hilo lenguaje adentrándose en los laberintos que cada texto ofrece: perderse y encontrarse entre sus múltiples corredores, pasar por galerías movientes que se esfuman una vez que salimos de ellas. Llegar al centro del laberinto y encontrar ese minotauro que somos nosotros mismos: humanos demasiado humanos, tejidos con palabras escritas por un autor que es incidencia de la multiplicidad de voces de la sociedad. Así, la lectura dentro del claroscuro se desplaza para posicionarse en el centro, donde es mayor el contraste y la vibración irradiada por el goce.

La propia historia nos dice que las fases por las que pasan los diversos sistemas sociales en algún momento terminan. La fase III de hiperconsumismo (en algún momento) cerrará su ciclo y con ello, probablemente, el poder de la lectura por placer podrá liberarse para recorrer de un extremo a otro toda la amplitud del claroscuro del placer de la lectura. Oscilación de los cirenaicos a los epicúreos, de las emociones al pensamiento, del cuerpo al espíritu y pendulando luego en sentido contrario. Como de hecho postulaba Barthes sobre la lectura ideal, aquella en la que el placer del texto se funde con el goce del texto. Pero que, sin embargo, en este momento para hacer frente al contexto de hiperconsumismo la

apuesta es por el goce de la lectura, el cual como clamaba Kafka tiene que ser el hacha que rompa nuestra mar congelada. Recuperando así nuestra humanidad por medio del goce de la lectura.

REFERENCIAS

- Alfaro López, H. G. 2007. *Comprender y vivir la lectura*. México: UNAM, Dirección General de Bibliotecas.
- Barthes, R. 2004. *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. 2010. *Obras esenciales*. España, Paidós.
- Han, B. C. 2004. *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*. Barcelona: Taurus, 2021.
- Izuzquiza, I. 2004. *Filosofía de la tensión: realidad, silencio y claroscuro*. Barcelona: Anthropos.
- Lipovetsky, G. 2007. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Michaud, I. 2015. *El nuevo lujo. Experiencias, arrogancia, autenticidad*. Barcelona: Taurus.
- Zapata, J. (comp.). 2014. *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Los poderes de la lectura por placer. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información/UNAM. La edición consta de 100 ejemplares. Coordinación editorial, Anabel Olivares Chávez, revisión especializada: Valeria Guzmán González; corrección de pruebas: Valeria Guzmán González y Carlos Ceballos Sosa; formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Fue impreso en papel cultural de 90 g en los talleres de Migal Impresiones Digitales, 3er Anillo de Circunvalación no. 73, Col. Barrio Santa Bárbara, Alcaldía Iztapalapa, CDMX, C. P. 09000. Se terminó de imprimir en diciembre 2022.